

PREGÓN OFICIAL
SEMANA SANTA 2013
Granada



ENCARNA XIMÉNEZ DE CISNEROS



Sevillana de nacimiento, Encarna Ximénez de Cisneros, periodista y empresaria, reside en Granada desde principios del año 90.



A su llegada, se involucró en el mundo cofrade, a través de las hermandades de los Escolapios y del Rosario.

En la primera de ellas, formó parte de su junta de gobierno y también fue nombrada camarera mayor. Más tarde fue la primera mujer en asumir el cargo de secretaria de la Real Federación de Hermandades y Cofradías de Semana Santa de la ciudad de Granada.

Se inició en el mundo de los pregones a solicitud de la Hermandad de Paciencia y Penas para que pronunciara el correspondiente al año 1997. Desde entonces su presencia ha sido habitual en estos actos: barrios del Realejo y Zaidín, Glorias de María, Rescate, oficial de la ciudad de Huéscar, exaltación de la Alhambra, Piedad de Almuñécar, carteles, conciertos, presentaciones de libros y comisaria de la exposición "Los Oficios de la Semana Santa".

En otros ámbitos, ha sido también pregonera de la Patrona de Granada –la Virgen de las Angustias–, de la feria del Corpus por la Federación de Caseteros y del Día de la Cruz.

Es una de las fundadoras de la Asociación Granadina de Mujeres Cofrades y promotora, desde su empresa, Comunicaciones Enra, del ciclo didáctico para niños "Marcha Cofrade". Durante tres años ha formado parte del equipo de "El Llamador", de Canal Sur Radio, y ha firmado sus "Mirillas cofrades" en el periódico Ideal.

Licenciada en Ciencias de la Información –Universidad Complutense de Madrid–, master en Administración y Dirección de Empresas –Universidad de Granada–, y experta en Ceremonial y Protocolo –Consejo Superior de Relaciones Públicas de España–, la que se ha convertido en la primera mujer pregonera oficial de la Semana Santa de Granada, está vinculada a diversas instituciones de la ciudad como la Asociación de la Prensa, de la que es presidenta –también primera mujer en los cien años de vida de la organización periodística–, la Confederación Granadina de Empresarios, la Cámara de Comercio o el Consejo Social de la Universidad de Granada. Ha trabajado en distintos medios informativos granadinos, así como en los gabinetes de comunicación del Ayuntamiento y de la Diputación Provincial.

Entre las numerosas distinciones recibidas, destacan la Cruz al Mérito Militar con Distintivo Blanco del Ministerio de Defensa, el premio Cempe a la mejor experiencia empresarial y el premio Imagen Popular.



PREGÓN OFICIAL
de la
SEMANA SANTA 2013
de la Ciudad de
GRANADA

ENCARNA XIMÉNEZ DE CISNEROS
17 DE FEBRERO



A MODO DE PRESENTACIÓN

Nací un tanto protestona y un poco depresiva. No es que quiera hablar mal de mí. Es que nací un tanto protestona y un poco depresiva. Y no miro a nadie de mi familia.

Eso me hizo perderme muchas cosas, seguramente hermosas, de la vida; perdida en quejas o en buscar mi autoestima. Las cosas son así, no voy a flagelarme; pero es lo bueno que tiene la edad, que vamos aprendiendo.

¿Os podéis creer —¿puedo tutearos, verdad?—, que, incluso, dudé en ir al “trayecto de mi vida”? Sí, dudé antes de tomar el avión a Tierra Santa, ¿os he contado el viaje? Es broma, me lo habréis escuchado decenas de veces. Y dudé, porque no me creía capaz de ser parte de una gran familia por unos días. Tan acostumbrados estamos a veces a ir de independientes, que el trabajo —y hasta el ocio— en equipo se nos puede hacer cuesta arriba.

Por eso, y es mi opinión, no sabemos apreciar como debiéramos la vida de hermandad, el sentido cofrade en su pleno sentido. El hacer de un yo, hasta justificado, un nosotros entrañable. El dejar lo que quiero, para pensar en lo que puedo dar. El vernos como únicos, para darnos cuenta de que tenemos muchas cosas en común.

Este pregón, ya lo he dicho antes de subir aquí, es la forma más afortunada que tengo para pedir perdón; con el propósito de enmienda que ya hace mucho tiempo me guía. Perdón no por lo que hice, porque sólo se equivoca quien hace cosas, sino por lo que dejé de hacer. Es más fácil quejarse que aportar. Es más fácil lanzar una crítica que arremangarse y ponerse a la tarea.

Lo leí en esos envoltorios de azucarillos que tanto nos endulzan las mañanas: “no es cuestión de hacer cosas extraordinarias, sino hacer las cosas ordinarias extraordinariamente bien”.





No sé si este pregón será el que más os guste; pero yo sí espero que sea el que deseáis; el que me nace del corazón; el que me hace sentir a gusto en este atril; el que justifica que sea yo la que tenga el honor de realizarlo. Sólo eso pretendo. ¡Que no es poco!

Como nací un tanto protestona, hoy, para hacer ver mi cambio, voy a quejarme poco —aunque algo sí lo haré—. Y como tengo propensión a venirme abajo, aún sin motivo, voy a poner el listón alto. Como dirían mis hermanos, voy a intentar ser como “Lucecita”, viendo sólo la parte positiva —aunque, más adelante proponga algunas cosas—, recordando no sólo lo bueno, sino también los sucesos malos que me han permitido mejorar. Porque, no quiero llevaros a engaño, lo mejor ha sido cuando me he dado cuenta de que me equivocaba, y he sabido rectificar. Lo mejor ha sido cuando no me he portado adecuadamente, y me he encontrado con vuestra comprensión.

Yo soy mucho de frases. Una, me la enseñó mi hermana Mila y, con el paso del tiempo, cada vez le doy más valor: “ten cuidado con lo que pides, porque igual se te cumple”.

Debemos aprender a pedir, pero sabiendo que esta vida no es una cuestión de capricho, aunque nos parezcan adecuadas nuestras solicitudes. Esta vida es una cuestión de principios, que vamos construyendo y adaptando a medida que el tiempo pasa. Por eso, aún en los momentos equivocados, siempre hay una luz. Y, por eso, y esta es la segunda frase que me anima mucho en el día a día, y que aprovecho para demandaros, esperando de verdad que se cumpla: “quíereme cuando menos me lo merezca, porque será cuando más lo necesite”. Y esto sirve, incluso, si al final no os gusta el pregón. Felicitaciones igual no me las merezco, pero un abrazo vuestro será el mejor aplauso que pueda recibir.

Sé que soy noticia por ser la primera mujer pregonera oficial de la Semana Santa de Granada. Soy periodista y también sé que eso da buenos titulares. ¡Lo acepto! Y, por tanto, hablaré de la Semana Santa desde mi visión de mujer; y hablaré del papel tan importante que la mujer ha tenido y tiene en nuestra vida cofrade.





Pero quien os habla es, eso, cofrade, criada en el ambiente sevillano y “confirmada” en esta tierra que me acoge desde hace ya veintitrés años —pasado mañana se cumplen—.

Y quien os habla, es una cofrade que lo es, como tantos de vosotros, por ese ambiente familiar que tuve la suerte de vivir; por unos padres que me guiaron por el camino que tantas satisfacciones me ha dado; y por los buenos amigos que me enseñasteis a amar a Granada y a su Semana Santa.

A cualquiera de vosotros podría dedicar este pregón; pero lo tengo claro: lo dedico a mis padres, y podría dar muchas razones. Lo dedico a mi padre, cofrade de corazón, que me hizo visitar distintas semanas santas andaluzas —con el dolor de perder algún año de la nuestra— para que “las conozcas y luego decidas cuál prefieres”; y se lo dedico a mi madre que apoyó siempre, y que supo hacer de la rivalidad macarena—trianera un asunto que, lejos de dividirnos, nos unía; algo divertido que yo continúo aún con mi marido.

La verdad es que siempre me decanté por la Virgen marinera. Es, quizás, en lo único que no pude dar gusto a mi padre; aunque hoy he querido rendirle homenaje con la marcha dedicada a la Reina de San Gil. A mi madre no le importará, seguro.

Y dedico este pregón, a alguien muy especial: a ese bebé con cuerpo de hombre, que se llama Jesús, como nuestro Salvador, y que cada día reparte felicidad a quienes lo conocemos, y cuyos padres y hermano, y el resto de su familia, le dedican todo el tiempo, dando testimonio del mayor compromiso cristiano y social. En él, represento a muchos otros con nombres y apellidos.

Y lo dedico a esos mayores que se han vuelto niños, por edad y por duras enfermedades, y a los que siempre tenemos que recordar cuando eran fuertes y nos daban todo; aunque parezca que no nos reconocen o no nos escuchan, yo sé, lo sé, sienten nuestro calor y cariño.





Y dedico este pregón a esos amigos que, por mis errores, se quedaron en la senda y aún no he podido recuperar.

Este es mi acto de sincero arrepentimiento; es, tal vez, la única oportunidad de teneros aquí reunidos, y a los compañeros de los medios de comunicación —que es mi otra vida—; y al público que pueda tener a bien escucharme a través de la cámara o del receptor.

Esta es mi declaración más íntima de que todo se puede cambiar; hasta nuestra Semana Santa; es cuestión de abrir el corazón, y los sentidos; y, entonces, se entiende la vida de otra manera.

En mi quehacer “de capillica” han ocurrido muchas cosas, algunas parecidas a la que cualquiera hayáis podido vivir; otras no, afortunadamente para vosotros. Espero que, entre unas cosas y otras, sirva esta ocasión para reafirmar nuestra fe católica y nuestro compromiso cofrade.

Poneos cómodos, incluso cerrad los ojos —bueno, un rato, que también hay mucho que ver—; no soy yo la protagonista; sólo quiero que mi voz os lleve a vuestros propios recuerdos, a vuestras propias vivencias; y que, juntos, hagamos entender el por qué, año tras año, celebramos la Pasión, la Muerte y la Resurrección de Cristo.

GOLPE DE LLAMADOR.





CUMPLIENDO EL PROTOCOLO

Arzobispo, alcalde, presidente de la Federación, autoridades, cofrades...

Aquí estoy. Llego el día y ni siquiera puedo quejarme de no haber tenido tiempo para hacer el pregón. Primera mujer y la que más meses ha tenido para pensarlo y para “padecerlo”. Así lo tengo que confesar.

Y no es, y lo recuerdo para los amantes de la estadística, el mayor tiempo que he tenido para hacer un pregón, porque yo tuve un año y pico para hacer el del Realejo. Por cierto, también fui la primera mujer. Y no es un grato recuerdo porque el motivo de que se suspendiera —era el año 2004— fueron los terribles asesinatos —no tengo otra palabra— del 11-M. Guardé el texto en un cajón y pedí a Dios que nunca tuviéramos que pasar de nuevo por esa circunstancia.

Ya veis, escribir el pregón oficial de la Semana Santa de Granada me ha permitido tirar de los rincones más ocultos de mi corazón para buscar recuerdos, sensaciones e inspiración.

Y, a veces he reído; y otras tantas he llorado.

Tengo una tranquilidad. Hablo de lo que quiero, de lo que me gusta, de lo que me hace vibrar. Sólo por ello, gracias.

Gracias al presidente de la Federación —lo que hubiera disfrutado hoy mi tía Carmen a la que conociste— por la confianza que tanto tú, como la junta de gobierno, habéis tenido en mí. Gracias al vocal de Cultura y también pregonero, José Manuel Rodríguez Viedma, por su complicidad.

Gracias arzobispo (no estoy siguiendo el puro orden protocolario), no sólo por estar hoy aquí, sino también por tantos momentos compartidos en la plaza de





las Pasiegas, o en las iglesias, y en cuantos sitios hemos coincidido, hasta en Nazaret, bien que me lo avisó –“aquello es pequeño y nos veremos”–. Gracias por su apoyo para vivir este momento.

Gracias alcalde, porque impulsa desde su responsabilidad la Semana Santa y porque siempre ha tenido una palabra amable.

Gracias a la Diputación por incorporarse a esta gran fiesta, y al Madoc, cuya presencia en Granada vivimos con orgullo.

Gracias, don Andrés, consiliario, porque en los momentos en que lo necesité, siempre conté con su comprensión.

Cuando estaba escribiendo este capítulo de agradecimientos ya me emocionaba, a ver ahora, en vivo y en directo.

Les doy las gracias desde el corazón porque les considero amigos; personas con las que no sólo tengo una relación profesional o de cortesía. A mí me da igual el puesto o la dignidad que les revista; eso sólo puede hacerme que cambie el tratamiento en público; pero lo que me importa es la persona. Guste o no guste a los demás; quien me merece la pena, me merece la pena siempre.

Como a mi amigo Juan, hoy concejal de Cultura, –brillante presentador del cartel oficial de este año–, mi “Juanillo de los Escolapios”, qué buenas charlas hemos tenido, y hasta discusiones que, incluso, nos distanciaron. Hasta ese día, ¿recuerdas?, cuando se le entregó el Nazareno de Plata a Pimentel y toda la cofradía de los Escolapios allí presente se hacía una foto, y me cogiste del brazo y me dijiste: “ven a la foto, tú también eres de los nuestros”. No lo olvido.

Y puesta a dar las gracias, miro este teatro y podría hacer una “Mirilla”, y podría poner una vivencia de casi todos los que estáis aquí. El título sería sólo una palabra, Gracias. Sería la “Mirilla” de mi vida, pero mi director y amigo, Eduardo, hoy me lo ha dado libre. Mi amigo Eduardo y su mujer, Mari Carmen, que no sé





cómo siguieron hablándome después de la paliza que les pegué en la primera cena que compartimos, cuando él estaba recién llegado, aún como subdirector. ¿De qué hablamos? Imaginaros, de Semana Santa.

Gracias a mis compañeros de profesión por el respeto con el que siempre me han tratado y que tanto me han ayudado en estos meses previos.

Gracias a mi marido, Ramón, por haberme enseñado el verdadero corazón de Granada, entre otras cosas que he aprendido, y sigo aprendiendo de él.

Gracias a mi familia, lejana en kilómetros, pero próxima siempre.

Y gracias a mi presentadora, Emilia Cayuela. Lo tuve claro desde el principio. Reunía todo lo que yo quería: mujer, cofrade, compañera y, sobre todo, magnífica persona. Se implicó desde el primer momento y supe que la grandeza de este escenario sería aún más teniéndola junto a mí. Gracias, Emilia, si antes me sentía muy unida a ti, ahora ya, ni te cuento.

Y tengo que terminar este apartado, con pena, porque los nombres casi se escriben por sí mismos en el papel. Pero no quiero abusar. Sólo deciros que este momento es más especial aún porque estáis aquí conmigo.

Va por vosotros.

SONIDO DE CORNETÍN.





MI DECLARACIÓN DE FE

Hay un lugar de Granada que nadie puede acaparar; no es por su importancia histórica, que la tiene, ni por su belleza, que la posee, sino por el sentimiento. Tres de la tarde. Campo del Príncipe. Dos veces sólo lo he vivido en la distancia; pero cuando estaba aquí, lo he compartido con toda la familia. Sin cita; sabemos donde encontrarnos; sin miedo a las inclemencias; con paraguas o en manga corta; con micrófono o sin él. Tres de la tarde. No hay silencio más hermoso, no hay aglomeración más solitaria; porque, uno a uno, nuestros corazones, en un latido íntimo, piden... Y se cumple, claro que se cumple. Tres deseos pedí yo en mi primer año, y los tres se cumplieron –luego dicen que Granada es ingrata con los forasteros–. ¿Cómo no voy a creer?

Y creí; y supe que en ese, como en otros momentos, sabemos ser orgulloso Pueblo de Dios. Sin diferencias.

Porque somos como Jerusalén: historia de todos, propiedad de nadie. Pero nos une una misma fe: DIOS. Yo he visto unidos, junto al canto del gallo, algunos más lo habéis visto también, un rezo ortodoxo, una misa católica y la llamada del muecín; y la oración ante el Muro Occidental, que no de las Lamentaciones.

Los lamentos que suenan vienen de la propia Jerusalén, repartida por conveniencias, tantas veces destruida y otras tantas levantada; sangrando por dentro y a veces también por fuera.

Sí, podríamos ser como Jerusalén; pero ella es santa, tres veces santa, y nosotros no llegamos a ello. ¡Qué más quisiéramos!

Nos falta coraje. Lo decía el vicario general en Tierra Santa.





Ningún cristiano debería morir sin conocerla. Como peregrino, no como turista. Y sentir, si alguna vez lo dudamos, que el hijo de Dios se hizo hombre. No lo dicen los edificios, ni los monumentos, ni las piedras..., lo dice el corazón que se pone a palpar con más fuerza; lo dicen los ojos que se humedecen sin poder evitarlo; lo dice la piel que se eriza sin roce alguno...; lo dice el lugar santo.

Recorrer los sitios donde Jesús anduvo te da otra visión; te sientes más cercana a él: a su nacimiento, su infancia, su familia..., su palabra. Y te parece verlo, y hasta escuchar su voz; y te mueves fascinada por aquel pescador de hombres, y te dejas mecer por las aguas del Lago Tiberiades, sintiéndote parte de ese Mar de Galilea...

Su murmullo nos trae la paz, como las campanas nos acercan la voz del Altísimo, porque, no hay duda, si enmudecemos las campanas estamos callando a Dios. Y es que ahora me estoy acordando de aquellas personas que denunciaron a un convento por hacerlas sonar; cómo dijeron: ¿ruido? O de aquellos otros que afirman que nuestras procesiones perturban el descanso... Se me ha venido a la cabeza y, ya que estamos, doy mi opinión.

Me ha tocado por circunstancias viajar en estos últimos años a países de otras creencias, y me han despertado, que se lo digan a mi hermana Concha, a horas intempestivas las llamadas a la oración. Y lo acepto. Es su tradición y yo la respeto.

Igualmente he sufrido fiestas cívicas, celebraciones varias y, puesta a sufrir, me han retumbado los claxon de los coches cuando les venía bien. Y me ha fastidiado, pero no siempre hay que denunciarlos. Aunque a veces, ganas entran de llamar a la fuerza pública.

Si alguien sufre una agresión por las campanas, la música o cualquier otra cuestión, cuestiones razonadas, está en su derecho de buscar una solución; pero decretos, por otros motivos, no puedo aceptarlos. Ya lo dije en otro pregón y lo repito ahora: "aquí cabemos todos, pero nadie debe imponer su criterio".





Es verdad que esta nación ha sido declarada aconfesional, pero, que yo sepa y lo confirman los números, somos una gran mayoría de católicos. Y no somos mentes obsoletas; muy al contrario, estamos vivos y más que deberíamos estarlo.

Y queremos celebrar nuestra Navidad, y la Semana Santa y las liturgias, y todo aquello que nos gusta y nos corresponde.

Mostrar nuestras creencias no es exhibirnos. Yo me siento acompañada cuando me pongo al cuello la medalla de mi hermandad, encontrándome protegida y orgullosa de ser parte de un mismo proyecto. Hoy no quería, no debía, mostrar mis preferencias; pero tengo a gala este rosario que lleva mi “angelote”. El que llevamos a la vista las mantillas, y algunas presidencias –que lo son no para lucirse–, y al que se agarran, en el anonimato, los penitentes, los costaleros, los músicos y cualquier otro componente de las estaciones de penitencia. Hay mucho más fondo de lo que se quiere ver.

Hay muchas formas de criticarnos, algunas tan simples, como que “luego no cumplimos con nuestras obligaciones”. Es verdad, por ejemplo, que quizás no todos estemos cada domingo en Misa..., pero la religión se puede vivir de muchas maneras... Y esto no es una excusa.

Os hablaba al principio de mis dudas antes de ir a Tierra Santa. Nunca había hecho una peregrinación. Y es algo que hay que vivir.

He disfrutado, ya lo he dicho, visitando los Santos Lugares, e imaginando que del sentimiento de sus calles podía sacar las mejores enseñanzas.

Y es que, aunque nunca he pensado en mi epitafio, no porque rehúya el que todos debemos morir, sino porque soy claustrofóbica, sí se me ha ocurrido el más deseado: “intentó siempre ser una buena persona”. O mejor, “una persona buena”. Y para eso, tenemos que convivir.





Porque la soledad nos viene dada, o nos la buscamos, o, simplemente, nos toca. Y la soledad no es únicamente la sensación de ausencia... La más dura soledad es la falta de esperanza. ¡Por eso, nunca deberíamos cerrar nuestras puertas a nada ni a nadie!

¿Qué cristianos somos cuando volvemos la cara? Y lo hacemos, vaya si lo hacemos. Y lo hago, vaya si lo hago. Siempre hay una excusa para exclamar que ese no es nuestro problema. Incluso, a veces, la Iglesia parece mirar hacia otro lado. No soy yo quién para decirle lo que debe hacer. Pero tampoco soy ajena a que hay que estar alerta, para que también nosotros seamos tolerantes.

Si Dios todo lo perdona, ¿quién de nosotros puede condenar? No seamos como nuevos fariseos, dejémonos de hipocresías. Veamos a los hombres y mujeres desde su interior. Todos conocemos personas que no lo parecen, pero son. Y otras que pareciéndolo..., no llegan.

Más claro: no me sirven los que comulgan todos los días, cumplen el patrón de perfectos cristianos, y son, sin embargo, seres maliciosos para sus hermanos. No me sirven quienes no miran de frente, porque sus ojos están dirigidos a ver cómo fastidian al contrario.

A mí me gustan los que Jesús llamó “limpios de corazón”, quienes viven para hacer el bien; y son felices, sabiendo felices a los demás.

De nosotros se espera, así lo entiendo, que “la mano derecha no sepa lo que hace la izquierda”, ni para presumir de generosas obras, ni para simular como bondad lo hecho sólo en beneficio propio.

Seamos honestos...

El sabernos incomprendidos, sólo por ser diferentes, nos hace estar más solos. Y no hay peor soledad que la se vive entre el gentío.





¿Alguna vez en la salida de las cofradías, en su paso por las calles, en los actos que hacemos en nombre de nuestros titulares, bajamos los ojos de su rostro y miramos alrededor? ¿Alguna vez nos preocupan más las lágrimas del hermano –sean de alegría o de tristeza– que los estrenos del paso?

Me lo pregunto muchos días y aún no tengo la respuesta; pero os puedo asegurar que en la algarabía de la Semana Santa busco también el calor de mis hermanos.

Un cristiano no puede cerrar los ojos, un cristiano no debe callarse; ¿de qué sirven los fervores cofrades si no tienen continuidad en nuestra vida diaria?

Cerramos la iglesia, colocamos a las imágenes de nuevo en su sitio, nos quitamos el capillo, el costal o la mantilla, y no somos capaces de oír su dolor: “¿también tú vas a abandonarme?”... Y bostezas por el cansancio, y te sacudes las motas de emoción, y buscas aliviar tu vacío estómago, y le susurras: “no te preocupes, volveré el próximo año”. Y la soledad de la iglesia se hace nuevo dolor.

Claro que, hablando de la Iglesia, con mayúscula, y sin dudar de lo que significa y a quien nos debemos, no vamos a negar que a veces resulte complicado entender a algunos de sus representantes.

Y es que, podemos pensar en consiliarios que, creemos, no terminan de conciliar; en quienes no logran transmitirnos su apoyo... No hablo de que sean personas “inadecuadas”, pero lo cierto es que parece que no siempre se sienten cómodos en su labor... Por ver, hasta he visto a alguno que se han encerrado en la sacristía cuando el propio arzobispo ha ido a ver salir las procesiones... Y eso tampoco es. Aquí, todos tenemos que aplicarnos a la tarea, haciendo bueno el dicho de que “obras son amores”.

Pero también hay sacerdotes entregados. Hay consiliarios y párrocos que te entienden, que te escuchan, que ejercen como amigos, y que saben darnos el lugar como cofrades.





Yo me quedo con ellos, y los aprecio, y me siento profundamente agradecida porque me hacen sentirme aún más integrada en esta comunidad católica a la que, por bautizo, por confirmación, pero, sobre todo, por decisión, pertenezco.

Y es que, tal vez sea verdad que nos gustan demasiado las charlas y poco las conversaciones. Es más fácil callar para luego “largar”. Y no es una frase hecha... En mi época de secretaria de Federación, lo que más recuerdo como anécdota es que en el apartado de ruegos y preguntas no gasté mucha tinta; pero doblando la esquina, surgían dudas, reproches y hasta sugerencias. Y yo me decía –y les decía–: “¿no era mejor haberlo planteado en la reunión?”.

Así que tendremos que mirarnos en nuestro interior para saber en qué nos equivocamos nosotros, antes de lanzar denuestos fuera.

Porque “hablando se entiende la gente”. Bueno, no siempre...; pero habrá que seguir intentándolo.

Como decía, un cristiano no puede cerrar los ojos, un cristiano no debe callarse.

Haciendo este pregón, un día cualquiera, me “pegué” a esa versión tan edulcorada de Los Diez Mandamientos. Me la sé de memoria. De chica me gustaba porque mis padres me llevaban al cine a verla, y eso era una gran fiesta (de casi cuatro horas)... Y mi madre me decía al salir “cierra la boca que te va a entrar frío”... Son momentos inolvidables que los guardo en la memoria. Ahora la vuelvo a ver principalmente por eso, porque alivia la nostalgia de mi infancia.

Y ahora, de nuevo, me quedo embelesada cuando la ponen, porque sigo esperando, yo también, una señal. No aspiro a ver la zarza sagrada ni necesito, por supuesto, recibir unos mandamientos divinos que ya conozco bien.

Lo que intento es comprender, aún más, aquellas palabras: “Yo soy el soy. Quien no tiene ni principio ni fin”. Es el que está ahí siempre. El que tanto se esforzó





por hacernos sentir su Verbo: “el que no es carne sino espíritu” y su luz ilumina a todos los hombres. Aunque no lo podíamos ver.

Y, por eso, “se hizo hombre y habitó entre nosotros”. Ahí comienza esa parte de la historia, de nuevo misteriosa, y de nuevo tan auténtica.

Y ahí, llegó el nacimiento, en Belén, con buey o sin buey, con mula o sin mula, que a veces nos quedamos en la anécdota.

Jesús nació porque nuestra desconfianza e incredulidad hizo que Dios nos tuviera que enviar a su propio Hijo; y, ¿para qué ocultarlo?, ahí nos dio la Navidad y la Semana Santa.

Puede parecer frívolo lo que os estoy contando; pero, para mí, es así de divino.

¿Qué más necesitamos de Dios para escucharle con claridad? Tal vez, como dijo Jesús, dejar de escuchar... otras cosas.

El Padre nos dejó diez mandamientos; y su Hijo, añadió uno nuevo, el resumen de lo que significa ser cristiano: que nos amáramos todos como Él nos amó...: Sonaba casi igual a “amarás a tu prójimo”, pero no todos tenemos un prójimo que lo da absolutamente todo... El mandamiento de Jesús es nuevo, porque Él si nos amó por encima de todo: de su divina procedencia, de su orgullo, de sus tentaciones, de su dolor y del dolor que provocó a quienes le querían. Jesús nos dio la posibilidad de creer nuevamente.

Tan sencilla fue su enseñanza que aún hay quien no la ha escuchado.

Si hubiera oído las palabras del Mal, se hubiera mostrado ante nosotros con poder y oropeles; y Él sabía que son menos lo que mandan que los que obedecen... Lo que Jesús quiso realmente fue habitar entre nosotros para conseguir su Asamblea Santa.





También podemos preguntarnos si Él no podría, en su misericordia infinita, librarnos de tantos males... Hagamos historia, que aquí hay tantos buenos conocedores de ella. ¿Cuántas oportunidades nos da el Señor para salvarnos? ¿Y cuántas hemos desperdiciado? “Quien más te quiere te hará llorar”; no es una amenaza, como no lo es “ganarás el pan con el sudor de tu frente”. Cuesta llegar a creerlo, pero yo lo siento. Dios es tan grande, que nos ha hecho seres con criterios propios. Él nos da la vida y Él nos la quita. En medio, podemos elegir.

Y entonces, ¿por qué sufren los más vulnerables? ¿Qué culpa han podido acumular? Sinceramente, no tengo respuesta; y, sinceramente, es una de las grandes incógnitas a las que me enfrento día a día. El dolor de los desvalidos, la impotencia ante el sufrimiento ajeno, son difíciles de comprender... Puedo confesar públicamente, porque en privado ya lo he hecho, que cuando mis padres se fueron intenté enfadarme con Dios. Y no pude. Cuanto más desesperada me sentí, más supe que sólo en Él está la respuesta. Pero el camino es duro, muy duro.

En nuestra vida son fundamento la Fe, la Esperanza y la Caridad. Caridad, palabra no siempre valorada, absurdamente en contradicción con solidaridad, que es, al fin y al cabo, lo mismo: pensar y actuar con quienes lo necesitan.

Y siempre ha hecho falta, aunque ahora sea más evidente. Y, por eso, alabo que las hermandades y cofradías den a conocer su labor en este aspecto. Sabemos que siempre se ha hecho, pero desde dentro, y eso, el no contarlos, nos ha dado, a veces, mala prensa. Parecía que los cofrades estábamos al margen del mundo real.

Hagamos públicas, pues, todas las iniciativas que se llevan a cabo para paliar los delicados momentos que estamos pasando: con desahucios, con carencias de lo más imprescindible, y con un paro que, más allá del grave problema económico, genera también desesperación, desconfianza y desequilibrios sociales que no debemos olvidar. Hablemos del esfuerzo para la puesta en marcha del economato—gran idea—, contemos las bolsas de trabajo, las donaciones anónimas, el contacto con quienes nos necesitan. Contémoslo todo, ¡y eso nos dará fuerzas para seguir adelante!





Porque alguien en su casa –quien tiene la suerte de conservarla– viendo pasar los días con un “no” permanente a su solicitud de trabajo; sintiendo el paso de los años –“eres mayor”, te dicen–; o la negativa por falta de experiencia –¡cómo la va a tener si a un joven no le ofrecen oportunidades! –; ese alguien, digo, va desgastando la autoestima, el ambiente familiar y nos lleva a preocuparnos de su mente y de su corazón.

La caridad, en estos casos, no es sólo dar; es entender; y no cerrar los ojos a que, en esta ocasión, el lobo –ya saben, la representación del mal– está más cerca de lo que pensamos.

La caridad, hoy, es unir lo material con una labor que mantenga la esperanza y que profundice en la fe... Fe en Dios, claro, pero también fe en el ser humano.

No soy yo quien más sigue sus designios, pero me quedaron grabadas las palabras de la parábola de los talentos: no tengo todo lo que quisiera –y no hablo de bienes materiales–, pero intento sacarle el mejor partido. Vivo para potenciar mis buenas cosas, y para aliviar las malas; esa es mi forma de actuar. Así Jesús no tendrá que apartarme de su lado. Así podré sentir su mirada. Así podré, de nuevo, imaginarme surcando el Mar de Galilea. Así me sentiré más cerca de Él...

VÍDEO CON LAS IMÁGENES DE LOS CRISTOS DE LA SEMANA SANTA DE GRANADA.

UNA VOZ CANTA, CON EL CORO Y ACOMPAÑADA POR LA BANDA MUNICIPAL, “PESCADOR DE HOMBRES”.





COFRADE, A LA GLORIA DE DIOS

Legué a Granada pensando que lo sabía todo de Semana Santa. No por sevillana, que también —qué queréis—, sino porque mi padre me había enseñado tantas cosas que creía no podía conocer más.

Y me equivoqué; y algunos de esos errores me llevaron a tonterías —no todas irreparables—.

Yo soy esa cofrade que, tanto se equivocó, que en el libro del 75 aniversario de la Federación, escrito por mi antecesor en este abril, Antonio Padial, aparezco en la reseña de miembros de la Junta, sin hermandad (página 367); sólo tienen que mirarlo. ¿Por qué? Es una larga historia que no merece ser recogida en este pregón. Pero la quería apuntar, porque os aseguro que también tiene su parte positiva. Os la puedo contar completa, si queréis..., otro día.

Yo soy cofrade de sentimiento, ya lo he dicho; de las que cualquier música con aires de marcha, me pone los vellos de punta; y eso, que no sabéis lo que me cuesta identificarlas por el nombre... Música, parte fundamental de nuestra Semana Santa; música que en Granada tiene grandes maestros y compositores... Aquí tenemos a una de sus grandes representaciones, la Banda Municipal de Granada a la que quiero dar las gracias por estar hoy conmigo. Y también gracias al coro.

Y a ti, maestro Ruzafa, amigo, ¿qué puedo decirte? Que eres un orgullo para nuestra ciudad y que... ¡gracias!

Bueno, pues a lo que iba. Tanto me gusta la música que un día se me ocurrió hacer un ciclo para enseñar a los más pequeños el encanto y la dificultad de nuestras formaciones: "Marcha cofrade". Encontré dos estupendos compañeros de viaje, y, aunque con un principio un tanto tortuoso y a veces deprimente, conseguimos hacer una marca... Volverá, si Dios quiere; porque es bueno que tengamos iniciati-





vas; porque es bueno que las empresas, y yo tengo una, apoyemos actividades de la Semana Mayor; porque es bueno que, junto al sentido religioso, valoremos también nuestra aportación cultural. Porque es bueno avanzar...

Yo soy cofrade de sentimiento, ya lo he dicho; y de también de apasionamiento, lo he contado; pero no crean, también soy como la mayoría de los que estáis aquí, una todo terreno.

A ver que recuerde: he hecho de limpiadora, cocinera –de esto poco, por la buena salud de los demás, principalmente–, camarera –no de llevar la mantilla, sino de ponerme detrás de la barra–; de barrendera, y aquí hasta con la mantilla puesta; he tocado el bombo –porque de cantar, poco– en aquel estupendo coro, Aulaga, que tantas satisfacciones me dio; he hecho de periodista y de presentadora, pero claro eso no tiene mérito, es mi profesión; y hasta de cartera, que cuando la economía no daba para más –no creeréis que sólo en la actualidad pasamos apuros– llevaba casa por casa la correspondencia de los actos.

He puesto claveles, en aquella época en la que había mucho que tapar porque los pasos estaban poco terminados; y he realizado mi estación de penitencia, de mantilla. Y cuando mis cervicales me dijeron basta, de diputada de calle, un sitio muy especial, donde te empeñas en echar una mano a quienes lo pasan peor que tú; porque en ese cometido, se hacen más kilómetros, pero tienes la posibilidad de moverte; y eso para los pies y para el frío, es fundamental.

Todas estas vivencias durante años han sido un aprendizaje del espíritu cofrade granadino. Ay, aquellas cuaresmas en las que prometía a mi marido... “a las diez estoy de vuelta”; y cuando empezabas a reunirte, a charlar, a apasionarte..., el tiempo se hacía tan volátil que ni el reloj marcaba las horas.

Porque aunque la Semana Santa puede parecer siempre igual, cada año es totalmente distinta. Por eso, es bueno, hacer cosas nuevas.





Cada año podemos buscar sensaciones que no hayamos vivido antes; en el dintel de una puerta cualquiera; en el recodo de una calle; compartiendo con un nuevo hermano; en el regreso más íntimo. Conocer para sentir; sentir para disfrutar; disfrutar como oración.

Ese instante que ha quedado en el recuerdo es una gran alabanza a lo que queremos; y así nos sentimos orgullosos de nuestra Semana Santa y no sólo de nuestra hermandad.

!Cómo echo de menos a tantas personas, familia y amigos, que ya no están y que hicieron, con su saber y su cariño, una enciclopedia de la que tanto aprendí;

¡Cómo espero que estén disfrutando ya en el palco del Cielo! Y cómo deseo que su recuerdo siempre nos acompañe, porque así siempre estarán a nuestro lado.

Este es un año importante. Es el año de la Fe; es el momento que el Pontífice nos ha concedido para pensar en cómo necesitamos creer, porque precisamos esa confianza absoluta en que hay algo más allá de lo que vemos.

Es también el año de la "Magna Mariana"... Era una petición popular, sobre todo desde que vivimos la "Passio Granatensis"... A mí me gustan las coronaciones, y las salidas extraordinarias, y todo aquello que mantenga espiritual y turísticamente nuestra gran Semana Santa... Ahora le toca a la Madre unirse a esa celebración del año de la Fe, y a la celebración también del centenario de la Coronación de nuestra Patrona, la Virgen de las Angustias.

Sabemos que es un momento difícil para estas efemérides; es un tiempo de pocos medios; pero sabremos salir adelante. Lo haremos con la dignidad de la moderación que los tiempos requieren, pero también con la seguridad de que todos vamos a apoyar, incluso, lo que no lo terminan de ver claro. Y si estamos ahí, será un éxito. Porque somos Iglesia, porque somos grupo de cristianos, porque somos Semana Santa, aún en días de gloria.





Y ahora permitidme que ejerza, con orgullo, de mujer, de primera mujer pregonera oficial.

Me dirijo a quienes no entendéis de la importancia de que una mujer —el que yo lo sea, no es la noticia— suba a este estrado, va más allá de la pura anécdota.

Yo soy cofrade de cuna, pero no tuve derechos hasta que llegué a Granada. En la hermandad de la familia, allá en mi Sevilla, los estatutos quedaban claros: “Las mujeres sólo podrán ser admitidas para participar de las gracias espirituales y lucrar las indulgencias concedidas a la Hermandad”. Tal vez, por eso, los hombres pagaban una cuota y nosotras, menos. Cinco pesetas y tres, en el año 67, cuando mi padre se pudo hacer hermano. Tengo todavía el documento con su nombre que entonces le entregaron.

Era tan claro el mensaje que se volvía a repetir en otro de los artículos: “No podrán formar en las filas de la Cofradía más que los hermanos varones”.

Yo intenté, lo he contado alguna vez, saltarme esa prohibición. Tenía el pelo corto y podía pasar por chico, saliendo de mi casa con el capirote puesto y hablando lo menos posible... Sabía que otras lo hacían. Pero mi padre nunca lo permitió. Así que tuve que ver como él salía, y mi hermano Manolo, y mis primos; y, años después, mis sobrinos. Pero yo no.

Aún hay lugares —no aquí, pero aún hay lugares— donde esto sigue ocurriendo. Y podemos echar una mano.

Me conocéis. No soy amante de las estadísticas, ni de las cuotas, pero sí rechazo los hábitos absurdos. El que yo entiendo que ha hecho que hasta ahora no hubiera una pregonera.

Llevo años oyendo hablar no de que había veto a la presencia femenina, pero sí, alguien lo dejaba siempre caer, que no había ninguna mujer “con suficiente valía”... Alguna vez me preguntaron, y se me ocurrieron no uno sino muchos





nombres. Mujeres como los hombres, cofrades; mujeres como los hombres, comprometidas; mujeres que, gracias a Dios, aquí en Granada, han podido y pueden ser capataces, costaleras, hermanas mayores, miembros de la Federación, presentadoras de carteles y pregoneras de hermandades...; es decir, de todo. Y yo no estaba acostumbrada a eso.

En Sevilla, lo que más pude hacer —además de disfrutar en la calle de mis procesiones— fue pasear de mantilla por las iglesias del brazo de mi padre, visitando los monumentos. Los pendientes y el broche me los prestaron. La mantilla sí era mía, la compré de coraje cuando vivía lejos de la tierra, pensando que algún día podría necesitarla. Y es esa misma mantilla la que he portado en mis salidas en las estaciones de penitencia en esta tierra granadina que me ha dado, como cofrade, lo que mi tierra natal, Sevilla, no me permitió.

Ahora, yo miro desde el corazón, a las orillas del Guadalquivir que la bañan, y les digo que una sevillana, orgullosa de serlo, es la pregonera oficial de la Semana Santa de su nuevo hogar, el definitivo —salvo que Dios disponga otra cosa—. He podido cumplir mis sueños y, además, tengo ya continuidad de sangre granadina. Y allá, en la Calzada, mi parte de vena sevillana también se hace patente cuando desfila mi ahijado Luis haciendo sonar su tambor como un rezo más.

¡Cómo podía imaginarme todos estos dones!

Unos dones que me llenan de felicidad.

Mi niña Irene —a mis otros sobrinos nietos como que les viene un poco lejos esto de la Semana Santa— es hermana desde el mismo día que nació y ya ha salido en procesión. Un ratito, pero ha salido; y me ha acompañado a muchos actos; y ha sentido la música a todo volumen sin rechistar. Y hoy está aquí. Mi niña Irene hará lo que quiera de su vida. Eso es tradición familiar. En su vida cofrade, si la elige, podrá llegar a ser lo que desee. Sin ningún tipo de restricción. Será lo quiera, hasta presidenta de la Federación de Cofradías..., y eso —tiene cuatro años, aún hay tiempo— es una satisfacción.





Yo me siento orgullosa del trabajo de la Asociación de Mujeres Cofrades de Granada a la que pertenezco desde su germen... A quienes piensen que somos “un grupo de faldas aburridas”, incluso a quienes lo afirman siendo de nuestro propio sexo, les digo, como en toda opinión contraria a la mía, que les respeto, pero que se equivocan. Visualizarnos era una necesidad, y lo hemos conseguido.

¡Cuántas veces hemos visto, por ejemplo, mesas redondas de costaleros, sin contar con algunas de las componentes de las cuadrillas femeninas! —¿las más antiguas de España, puede ser?—.

Y la responsable de la Asociación, ¿la conocéis, no?, me encantó cuando dijo que muchos de quienes organizan estas cosas “son los primeros que protestan cuando se realizan actos de mujeres costaleras, porque, según ellos, nosotras mismas nos discriminamos”... Por cierto que hace poco hemos visto una convocatoria en la que se habla de estudiar el trabajo del “hombre costalero”... Así se escribe la historia.

Y es que aquí había algunas diferencias que se han limado con el tiempo; pero no desde la imposición. Dicen, y sólo hay que ver los datos, que la batalla por la igualdad de las mujeres es de las más largas y persistentes, y así hay que seguir. Porque nos avala la razón.

Porque además de los derechos que una sociedad como la nuestra nos otorga, hay algo que no podemos olvidar: junto a los abuelos y los padres, las abuelas y las madres —yo no me puedo incluir en este capítulo, pero casi—, son, en una gran parte, la semilla de una casa y, también, de la fe y la educación cristiana.

Mi padre era quien salía de nazareno; pero en el ambiente de alegría y de recogimiento, mi madre tenía mucho que ver: ella preparaba las túnicas, los capirotos y los antifaces; quien llenaba los sofás o tresillos, como más os guste, con todo lo necesario para la salida; ella era quien hacía bocadillos rellenos de ilusión y dulces torrijas, manteniendo tradiciones que no hace falta perder. Y era ella quien nos esperaba en casa con la sonrisa en la boca para preguntarnos cómo nos había ido y para aliviar nuestro cansancio.





Miro este auditorio y veo a muchas, muchas mujeres que podrían estar hoy aquí enarbolando no sólo la Semana Santa, que es de todos, sino una Semana Santa con un sabor femenino, que puede tener, en muchos casos, vivencias distintas.

Mujeres de Granada, desde mi humilde posición os digo: seguid así. Siendo persona antes que nada, y viviendo plenamente nuestra forma de ser.

Mujeres de Granada: nada es imposible.

Hoy damos un paso más; pero, mujeres de Granada, sé que lo sabéis, el mundo no está hecho en masculino o en femenino; el mundo es un tiempo que Dios nos permite compartir y disfrutar; y donde, todos, todos y todas como marca ahora la corrección “lingüística”, tenemos que poner lo que está a nuestra mano para conseguir un horizonte mejor. Porque, mujeres y hombres de Granada, si no trabajamos por ello, ¿cómo adorar a un Cristo y a su Madre que sufrieron para darnos la salvación?

Por eso, os digo también, hombres y mujeres de Granada, que cada uno por su lado no llegaremos nunca a ningún sitio. En la procesión de la vida también hay que guardar la fila. Si no, perdemos el rumbo.

Hombres y mujeres de Granada, aquí está nuestra Madre. Ella también era Mujer...

VÍDEO CON LAS IMÁGENES DE LAS VÍRGENES DE LA SEMANA SANTA DE GRANADA.

LA BANDA MUNICIPAL INTERPRETA “ENCARNACIÓN CORONADA”.

EL CORO CANTA “DIOS TE SALVE MARÍA”.





MIS DESEOS

Un pregón es puro deseo. Deseo... Una palabra no siempre entendida. Y es una palabra llena de belleza. Si se utiliza bien. ¡Hay tantas formas de pensar en el deseo! En el de los justos; porque ya dice el proverbio, “¡que el deseo cumplido es dulce al alma!”.

Deseos bien entendidos, los que nos conducen a la paz, los que no nos crean desasosiego; los que no nos envilecen.

O falta de deseo, que no es conformismo. Así lo entendía alguien muy vinculado a mi profesión. San Francisco de Sales, patrón de los periodistas; lo dijo de forma explícita: “Necesito muy poco, y deseo muy poco lo que necesito. Apenas tengo deseos; pero si hubiera de nacer de nuevo, no tendría ninguno. No deberíamos pedir nada ni rehusar nada, sino entregarnos a los brazos de la divina Providencia sin perder tiempo en ningún deseo, excepto el de querer lo que Dios quiere de nosotros”.

Lo que Dios quiere de nosotros, ¡cuán difícil es llegar a saberlo con certeza!

Pero deseo es también ese sentimiento afectivo hacia algo que apetece. Y en este pregón, como promulgación en voz alta que se hace públicamente de algo que conviene que todos sepan, yo quiero desear, y me surgen muchas ideas.

Deseo el gran libro de la Semana Santa de Granada. Algunos buenos ejemplos ya tenemos; pero nos faltan aún más volúmenes, sin partidismos; sin querer adoctrinar, sino sólo contar; sin que el corazón se equivoque de camino, pensando más en el aplauso; y que sea con rigor y veracidad. Libros de los que, una vez publicados, no tengamos de qué arrepentirnos, que luego lo impreso queda. Libros que no se hagan viejos a poco de editarse.





Deseo que nuestros carteles no siempre se fijen en los marcos incomparables, y que mejor se queden en los sentimientos irrepetibles, aquellos que se producen en cualquier rincón, aunque haya casas de fondo y no palacios; que está bien “vender” la Semana Santa fuera; pero toda la Semana Santa.

Por eso, deseo que haya guías en los lugares más transitados que expliquen, mejor, que ilusionen, con ver a las cofradías en todos los lugares; desde el barrio más recóndito al centro más turístico. Porque “vendemos” ciudad.

Una ciudad que, deseo, tenga el apoyo de sus hosteleros. Los hay que lo hacen estupendamente bien. Pero ya vale de esos otros, que están a rebosar porque hay Semana Santa, y no son capaces ni de llenar una botella de agua o de ceder el baño para un imprevisto... Y fijaros que no hablo de dar dinero, que en las cuentas de cada uno, yo no me meto.

Porque anhelo, y eso sí es de envidiar de quien la posea, una ciudad, esa que he dicho que “vendemos porque hay que hacerlo”, donde nos demos cuenta de que esa semana no sólo es Santa para quienes creemos, sino también para muchas cajas; y para muchas personas que encuentran trabajo en esos días.

Deseo que pase esta crisis que nos atenaza; y que de su dureza saquemos las enseñanzas necesarias para que no se vuelva a repetir. Hay cosas que nunca volverán; entre ellas, ojala, la corrupción, la avaricia, la falta de motivación, la necesidad permanente de cosas materiales... Recuperemos la cultura del esfuerzo, el vivir acorde a la realidad, el pensar en compartir; en remar todos en la misma dirección.

Y, además, como no podía ser de otra forma..., deseo un mundo cofrade sinceramente cristiano; sin excepciones; sabiendo quienes somos y adonde vamos. Somos miembros de la Iglesia y vamos hacia donde ella nos lleve.

Creemos, por tanto, en la Iglesia como lo rezamos en nuestro Credo, porque se hizo para nuestra salvación; y creemos en un verdadero Dios y verdadero hombre; no en la talla que diestras manos esculpieron para ensalzarlo, sino en el





sentido que hay en esas obras. Creemos en el Papa; porque es infalible en cuanto a todo lo declarado con respecto a la doctrina. Dejemos que, como hombre, pueda errar en cuestiones mundanas; pero no dudemos de que su enseñanza tiene detrás el halo del Espíritu Santo.

Por eso, también pueden errar todos: los consiliarios —ya he hablado de ellos—, y los hermanos mayores, y las juntas de gobierno y los miembros de la Federación... Cualquiera de nosotros. Pues aquí estamos para pedirles que cambien o sugerirles ideas. No para enfrentarnos; porque, seamos sinceros, algo que nos guste a todos es imposible. Ni Jesucristo lo consiguió. Así que al día y a la hora que nos toca. ¡Y si no funciona, reunión!

Este mismo año vamos a tener novedades... ¿Cómo podemos saber qué tal irán antes de verlas? ¿Por qué queremos mantenernos en que los cambios son irreversibles? Confiemos en nuestra libertad de mejora y desarrollo.

Deseo una Catedral aún más accesible. Hemos superado con creces la década entrando con nuestras hermandades; pero esta humilde pregonera, quisiera ver abierta nuestra Casa para que personas sin posibilidades económicas para palcos, o con dificultades físicas de cualquier tipo, pudieran ocupar los asientos, como en cualquier otra celebración religiosa, y disfrutar —bien abrigados, que el frío no perdona— del sentimiento de las procesiones. Se podía intentar; también las hermandades entramos como “de prueba” y bien que nos hemos ganado el sitio. ¿Alguien lo dudaba?

Deseo que la formación siga siendo una prioridad para nuestras corporaciones. Lo que mejor se conoce, más se ama. Y nos hace falta saber mucho, de muchas cosas, principalmente de nosotros mismos.

Deseo que se vuelva algún día a Roma, con una imagen como orgullo de la tierra; como deseo que vuelva el Papa y exhibir uno de nuestros pasos —como en el JMJ— porque, en ambos casos, hacemos catequesis en la calle, “vendemos” ciudad y legitimamos nuestra creencia de Iglesia. Pero, cuando lo hagamos, que sea con el apoyo total de esta comunidad cofrade en la que estamos inmersos.





Deseo que mimemos a nuestros artistas; maestros de la gubia, del pincel, de los metales, de la música, de la flor o de la aguja. Porque si nuestras inversiones en patrimonio son buenas, mejor lo serán cuando creen riqueza en nuestro propio entorno. Que está muy bien que vengan cosas de fuera, siempre que aquí no haya quienes sepan hacerlo igual o hasta mejor.

Deseo lugares para ensayos de las bandas. Su labor es genial con una juventud que es capaz de sufrir las inclemencias por cumplir con su vocación. Y merecen algo más.

Deseo que se estudien puntos intermedios para las hermandades que están más alejadas de la Catedral y que no tienen donde refugiarse ante cualquier incidencia; que se aprovechen todas las infraestructuras existentes o se habiliten nuevas, que no sólo protejan los bienes materiales sino también a las personas que los acompañan. Lugares como la Real Chancillería podrían estar alerta por si hiciera falta su colaboración. O las puertas preparadas para abrirse en el Palacio de Congresos, y alguna cubierta para proteger las imágenes, además de lo que la propia hermandad porte... Con dignidad, mucha dignidad, que las tallas son la representación de nuestras creencias, y los hombres y mujeres que las acompañan también son dignos de atención. Tampoco cuesta tanto.

Y es que es necesario el apoyo de todas las instituciones, sean del ámbito que sean; implicación con la sociedad, en uno u otro sentido. Nos tienen que entender y nosotros tenemos que participar.

Por eso, deseo cabildos en los que nadie falte; porque la hermandad lo necesita; y necesita que haya cofrades que estén ahí, con cargo o sin cargo, pero asumiendo responsabilidades. No me vale el “todo está mal” o “no hago falta”. Las cosas se pueden ver de distinta forma según el sitio en el que esté sentado cada cual; y las hermandades serán lo que nosotros queramos que sean. Y, para eso, hay que implicarse. De corazón.





Deseo que salgan “los originales”, porque eso significa –excepciones puntuales no incluidas– que se saben conservar y que las restauraciones, en su caso, se hacen de forma primorosa; para preservar del tiempo y proteger su valor; que los “lifting” son otra cosa.

Deseo que sepamos honrar a quienes nos precedieron en las labores de gestión de las hermandades. No digo de mando, porque aquí no manda más que aquellos a los que procesionamos... Yo no creo que nadie se meta en una cofradía para promocionarse socialmente; sí creo que algunos nos equivocamos –yo misma he confesado muchos errores–; pero aquellos que estuvieron y fueron, siempre deben formar parte de nuestra historia. Porque seguro, y esto sí lo puedo afirmar, no todo les salió mal. ¿Podremos recordarlo?

Deseo que si han de crearse nuevas hermandades –no pongamos puertas a la devoción– se haga desde una necesidad real, de una demanda palpable; y no desde el “rebote” de quienes quieren hacerse una cofradía a medida. Ya pasaron aquellos peores momentos, donde casi tenemos que hacer un censo de hermanos “rebotaos”, que iban de un sitio a otro a ver si alguien les hacía caso..., en lo suyo, claro. Y eso, tampoco era.

Deseo que nuestras hermandades tengan el acompañamiento que necesitan. Me gusta que los Ejércitos, las Fuerzas de Seguridad, y cuantos nos cuidan, rindan honores a nuestros titulares. Porque, para mí, ellos, como en el mensaje de Jesús, son garantes del respeto y de la paz. Aprovecho para rendirles homenaje por su esfuerzo, sobre todo en las misiones en el extranjero donde tanto han hecho por la convivencia.

Porque deseo que busquemos, entre las normales discrepancias, el objetivo permanente de reconciliación; que el perdón que yo he querido pedir en estas palabras, sea un perdón de verdad. Porque, como dijo Santa Teresa, “si no hemos perdonado nosotros, demos sentencia contra nosotros, que no merecemos perdón”.





Deseo que nos una la medalla y el sentimiento; por encima de la vestimenta que podamos portar el día de salida. Que ni costaleros, ni bandas, ni mantillas, ni penitentes ni roquetes —qué me gusta esta palabra— sean distintos más que por sus ganas, su esfuerzo y su amor... Amor, ya lo sabéis, mi palabra preferida.

Y, deseo, por encima de todo, que no confundamos seriedad con recogimiento; que no confundamos penitencia con tristeza; alegría por desmadre; y orgullo por vanidad. Dejemos de calificar y de cuantificar...

Seamos acogida de nuestros Titulares, seamos Iglesia, parroquia, colegio o convento... Convento: ¡cuánto debemos agradecer a nuestras monjas que miman y rezan; que rezan y trabajan; que rezan y creen...!Y que rezan cantando. Ellas son... esperad, así me lo cuentan. Va por ustedes, hermanas.

VÍDEO DE LOS CONVENTOS DE CLAUSURA EN EL QUE SE INCLUYE LA SIGUIENTE "CARTA A LA PREGONERA", DE RAMÓN BURGOS.

¡Pregonera!:

Le dije que era creyente por la gracia de María Santísima... Me contestó que Ella, aunque intermedia, sólo hace lo que su Hijo quiere...

Gran lección de amor de quien, cuenta a cuenta del Rosario, todos los días ruega por nosotros, en esta tierra ahora tan cercana a la desesperación.

Detrás de cada reja, de cada rayo de luz que se cuele silencioso por el torno de las solicitudes, hay una voz, casi divina, que nos recuerda con su "Salve Madre" el camino hacia la gloria eterna.

Tengo para mí, que les debemos más que la visita anual para comprar dulces en las fechas señaladas.





Tengo para mí, que nunca pagaremos debidamente su forma de mantener a la Iglesia.

Me gustaría hacerte llegar, la serenidad en la fe que emana de los conventos de monjas de nuestra Granada.

Te aseguro que, frente a las grandes celebraciones llenas de pompa y boato, prefiero quedarme con cualquier nota de esa Salve que únicamente ellas saben entonar.

Si pudiese convertirme en flor del Santísimo de la Carrera del Darro, rogaría a Dios que no permitiese que me marchitara nunca, para que el viento de los bosques de la Alhambra —mensajero inigualable— llenase nuestra ciudad de todas sus esperanzas, al desgranar cada aroma del rezo mariano que mueve campanas y corazones.

¡Qué difícil es no caer de rodillas cuando, al pasar por el zaguán de cualquier santa casa, nuestros ojos se paran en el saludo de la Encarnación!

Ahora que tuya es la voz, pregonera —compañera de fatigas y sueños ante Jesús y su Madre—, me gustaría hacerte llegar toda la fuerza y seguridad que ellas transmiten en sus momentos de caridad.

De sus labios nunca ha salido una palabra de ira ante la maledicencia de los que no saben sino ser adoradores de un poder que, ciertamente, no existe sino en sus mentes de pequeños dictadores.

Ahora, te devuelvo la palabra, en el nombre de todas las que, vistiendo hábito de pobreza, están más cerca que ninguno de nosotros de conseguir la vida eterna.

Si en el último día se abre la Puerta Dorada de las murallas de Jerusalén, no serán trompetas de querubines las que nos indiquen que ha llegado la hora: serán las voces de las santas de clausura las que, sabedlo, nos acompañarán a la derecha del Creador”.

REDOBLE DE TAMBOR





ESTA ES TU HERMANDAD

Hemos visto a todos los Titulares que procesionan en nuestra Semana Santa. Hemos visualizado sus rostros, sus pasos, su devoción..., pero puede que esperéis algo más.

¿Queréis que os hable de vuestra hermandad?

Escuchad porque esta es la vuestra.

Tu hermandad está llena de ilusión y se supera cada año para llevar a la calle la fe y el amor a sus titulares.

Tu hermandad es ese grupo de personas que deja de pensar en el yo para trabajar en un nosotros, que la hace fuerte y que genera admiración. En tu hermandad se vive durante todo el año la Semana Santa, y son muchos más los que así la sienten que quienes sólo aparecen en la salida.

Tus titulares nunca se sienten solos, porque cada función, cada acto, cada convocatoria cuenta con el respaldo de sus hermanos, de sus devotos, y crean, en esas ocasiones, una imagen tan bella como la propia procesión.

En tu casa de hermandad, la que existe físicamente, o la que se siente en muchos rincones con el simple calor de los cofrades, hay amor fraternal; y el problema de uno, en el momento que el resto se entera, pasa a convertirse en un problema compartido, en el que cada cual pone su granito de arena.

En tu cofradía hay orgullo de lo que se tiene, pero no rivaliza con el resto, porque no hay competencia en el amor a Jesús y a su Madre; no hay final del camino, sino día a día; no hay trofeo, sino más trabajo.





Tu hermandad es un ejemplo cristiano, porque, no sólo has colaborado con ella, la apoyas y, tal vez, procesionas, sino que también dejas ver en tus palabras y en tus acciones qué creencias guían el camino diario, esas que recibimos de nuestros mayores y que trasladamos a las nuevas generaciones.

Tu Hermandad, esa que yo bien conozco, se preocupa cuando a otra le toca quedarse en el templo, cuando hay alguna incidencia, cuando algo perturba su normal funcionamiento. Cuando esto, porque Dios lo manda, ocurre, es la primera en tender su mano.

En esa cofradía que tanto amas, hay tiempo para la caridad, y para la formación, y para compartir.

Puede que a tu hermandad le guste que las cosas se hicieran de otra forma; pero sabe cómo trabajar por ello: sin enfados, sin altanería, sin desprecios... Porque aceptas que o estamos —y estamos con todas las consecuencias—, o nos podemos ir. Aquí nadie está obligado; salvo al sentimiento de grupo. Y el grupo tiene un solo objetivo; un solo Señor, una sola fe.

“No pienses que es humildad callar cuando prevalece lo malo y rehúsas defender lo bueno. Huye de una humildad que, con la omisión, se viene a hacer necesidad”. Lo dijo Quevedo.

A mí me gusta de tu hermandad cómo se respeta a los mayores, se cuida a los jóvenes, y se da ejemplo a los niños; esos niños que son el mejor mensaje de que Dios no ha perdido aún la esperanza en la Humanidad.

Y no son, para tu cofradía, prioridad estrenar o embelesar con nuevos enseños o proyectos. Muy al contrario, éstos son una forma de realzar la presencia de los titulares en la calle, a mayor gloria de Jesús y de su Madre.

En tu cofradía he visto el amor con mayúscula, el esfuerzo, la fe inquebrantable —aún en los momentos de duda—, el proyecto de presente y futuro para la comunidad católica; el deseo honesto de dar sin esperar recibir.





Porque los estatutos que un día se aprobaron, y a los que te debes, las medallas que en un momento te impusieron, la responsabilidad, en definitiva, que asumiste, no son algo más de tu vida; son tu fundamento. Y lo sabes.

Tu hermandad tiene un nombre, pero no hace falta decirlo, aquí todos somos cofrades. Sé que tu hermandad es la mejor, porque con su ejemplo nos hace mejor a quienes la compartimos.

¿A qué he hablado de tu hermandad?

Y ahora, si me lo permites, te voy a hablar de tus días grandes.

Has vivido todo el año, pero ahora intentas no perderte ni lo que hace tu cofradía, ni lo que hacen las demás. Es difícil porque hay muchas coincidencias, pero sabes enviarle tu cariño.

Empiezan los que más tienen que prepararse —por una cuestión física más allá de lo religioso— y vives la primera “igualás” y luego el retranqueo (que cuando me enteré que era eso, me quedé prendada).

Has realizado triduo, novena y función principal; has convocado pregones y presentado carteles, y hasta conferencias y mesas redondas; que hay que prepararse, de acuerdo al reglamento interno de tu hermandad.

En la póstula, donde siempre echas de menos un poquito más de dinero, pero agradeces el cariño recibido, comienzas la cuenta atrás definitiva.

Vives la misa de las palmas, como luego —salvo que tus horarios te coincidan— acudirás a los oficios y a la vigilia pascual. Semana Santa no sólo son procesiones.

Toca acudir a los partes meteorológicos; y hacer balance del número de hermanos que te van a acompañar; y nos acordamos de los que nunca más podrán estar entre nosotros, y que nunca olvidaremos; de los que cualquier motivo les impide





acudir, Y hasta nos acordamos de quienes, por decisión propia, han tomado otro camino.

En nuestros rezos, antes de la salida, a todos los tenemos en cuenta; para eso somos cofrades.

La Iglesia se va llenando; ¡las tenemos de tantas clases! En las que todos cabemos, y en las que no; las que tienen los pasos dentro, y las que todavía los tienen “aparcaos”; las que no tienen problemas de montaje, y las que, con mucha prisa, deben compartir el espacio con otras a las que hay que dejarles el lugar.

Esa es la cuestión: cada cual a su sitio. El que te toque, sin protestar porque alguien menos antiguo que tú va mejor colocado. ¿Mejor colocado? ¡Como si fuera una carrera! No vamos ni a ver ni a que nos vean; vamos a acompañar. Ya tendrás tiempo de comentar si algo no te gusta. Ahora prepárate, por dentro y por fuera.

Murmullos, charlas, a veces jaulilla de grillos, y una voz desde el atril que pide “por favor, vamos a mantener el silencio, estamos en la casa de Dios”; y en un momento se hace el silencio. Sólo un momento..., porque continúan las emociones, los saludos, colocarnos el último detalle, desearnos suerte... No me pidas que critique eso... Sé que no está bien; pero, a veces yo lo hago, no lo puedo evitar.

Y entonces, se oye la voz del párroco, con suerte también el consiliario, que, junto al hermano mayor –estas imágenes deberían ser imprescindibles– nos exhorta, nos bendice, nos felicita... Falta muy poco. Sé que en tu hermandad concretamente, las cosas no son así; las normas exigen un silencio que, perdóname, no le hace ser más seria; le hace ser la que es. Pero tú también lo sabes, desde el corazón el rito es el mismo, aunque tú lo hagas en silencio. Alegría, nervios, entrega... Semana Santa. Sigamos soñando. Como el tiempo es estupendo –los otros días los paso de largo, vaya a ser–, sabes que en un minuto o dos, se abrirán las puertas y es increíble, notas cómo el pulso se te acelera, los ojos se humedecen, y todo en ti se hace sentimiento.





No te has parado a pensar la de horas que vas a tener que estar en la calle; que el calorcito de ahora –cuando tienes suerte– será después frío helador. No has pensado el tiempo que vas a pasar sin comer, beber o fumar; sin reposo para tus pies, tus brazos o tu cuello... Lo pensarás a la vuelta, pero, ahora, que abran ya, que quiero salir.

Adelante Cruz de Guía, márcanos el camino... Vámonos a hacer liturgia en la calle...

Vamos a la calle que es ya semana grande, vamos a vivir el momento con alegría; vámonos a dar expresión pública de fe. Que se entienda por qué y para qué hemos venido.

Vamos a la calle a sentir, guardando en nuestros corazones las anécdotas y dispuestos a dejarnos llevar.

Sales, y tras dar las gracias, empiezas a ver rostros conocidos entre la multitud que te encuentras. Y te olvidas de la educación mal entendida de tener que saludar a todo el mundo. No es el momento de las relaciones públicas. Puede bastar una mirada cariñosa... Dejemos para otros días los besos, abrazos y saludos cuando formamos parte del cortejo.

La procesión está hecha para el recogimiento. Aprovecha y recuerda a qué instante de la vida de Jesús estás acompañando. Recuerda a qué advocación está dedicada la Señora. Debes saberlo, las tuyas y la del resto, porque si no, ¿qué estamos adorando? ¿Sólo un paso? Tiene que haber algo más. Tienes que saberlo, aunque no siempre seas capaz de explicar por qué esa imagen, justo esa, se te clavó en el corazón y ya nunca podrá salir de él.

Y en ese recorrido, desde el recogimiento, escuchas las voces que te rodean. Y alguien pregunta: “perdona, ¿quién es este Cristo?” Y respiras hondo y piensas: “¿qué hable de mi Cristo?” Y, como alguien con “age” sevillano afirmó, respondes: “¡pero hombre de Dios, si el Cristo es una inspiración divina! ¿Qué quiere que le





diga del Cristo? Cuando estamos delante de Él, es como si se paralizaran los sentidos. En su cara se fundó, la clemencia, la ternura, la bondad... y la aflicción... Ya le digo, estas no son cosas para expresarlas con palabras”.

Y sigues adelante, confiando en que todos lo entienden como tú.

Y alguien más también pregunta: “¿cómo es la Virgen?... “Vaya cosa –respondes–, ¿usted cree que yo puedo decirle cómo es la Virgen? ¿Es que hay alguien capaz de decirlo? La mire, por donde la mire –en la iglesia o en la calle– es maravillosa”.

Y, a partir de ahí, te dejas llevar por los sentimientos.

Por ese compromiso de quienes procesionan, tu Hermandad hace un recorrido de los que marcan ejemplo. Vive su barrio, sea cual sea; cumple las normas de la carrera oficial, y hace muestra de todo ese año de espíritu cristiano en unas horas en la calle.

A tu hermandad no le preocupan los comportamientos inadecuados, porque esos ya no se permiten. Ni vestimentas más propias de fiestas que de una procesión; ni personas que se salen de la fila pero, bien cubiertas por la medalla, hacen su especial recorrido: fuman, comen, beben y hasta dan un besito a la pareja...; en fin, no seré quien yo condene, pero ¿se han dado cuenta cómo hieren al resto de los hermanos que no quieren hacer eso?

Tu Hermandad sabe que un año es muy largo, y hay que disfrutarlo, pero está pendiente de que su andar no perjudique a otras cofradías con las que comparte recorrido. Y, por eso, cumple los horarios que, si vienen cortos, pues habrá que dialogarlo con Federación.

Yo voy a ver a tu hermandad, porque vuelve a su templo bien organizada; sin “espantás” porque haga frío; o, algo peor, para no perderse el encierro. Sé que es duro, pero no salimos a la calle para disfrutar sino para acompañar. Y cada cual tiene su sitio.





Por eso, porque el comportamiento de tu hermandad es ejemplar, completamos la estación de penitencia con la razón imbuida de la felicidad del deber cumplido.

Y ahora, más que nunca, desde la satisfacción de haberlo conseguido, los corazones se abren, llegan los abrazos, las lágrimas, los buenos deseos...

Hemos vuelto, felicidades para tu hermandad. Ha sido el orgullo, una vez más.

Semana Santa de Granada, nuestro encuentro más cercano con Jesús y con su Madre. Momentos de recogimiento y de alegría. Para muchos, como leí en una plegaria, una ocasión de vivir y revivir los días más hermosos...

LA BANDA MUNICIPAL INTERPRETA LA MARCHA "SEMANA SANTA DE GRANADA"

LA PREGONERA LEE LA PLEGARIA

"NO TE OLVIDES DE LOS DÍAS HERMOSOS", DE PHIL BOSMANS.

VARIAS IMÁGENES PREGRABADAS.

*"Cuando estás cansado, cuando estás en desacuerdo
Con lo que te rodea, cuando estás
Desesperado y te sientes
Profundamente desgraciado
Acuérdate, tan solo un momento
De los días hermosos,
Cuando reías y bailabas,
Cuando estabas alegre con todo
Como un niño sin problemas
¡No olvides los días hermosos!
Cuando horizonte,
Por lejano que lo veas,
Aparece oscuro, sin 'luz'
Cuando tu corazón está lleno de tristeza
Y, quizás, también, lleno de amargura, cuando aparentemente*





*Toda esperanza de nueva alegría
Y felicidad han desaparecido*

*SUBE LA MÚSICA.
VUELVE A BAJAR.*

*Té lo suplico
Busca cuidadosamente entre los recuerdos
Los días hermosos.
Los días en que todo marchaba bien,
Sin nubes en el cielo,
Cuando cerca de ti había alguien
Que te hacía sentir amparado
Cuando podías todavía entusiasmartelo
Por la persona que hoy
Te ha desilusionado o,
Quizás engañado.
¡No te olvides los días hermosos,
si los olvidas no volverán más!
Vuelve a ser dueño de ti mismo
Llena tu espíritu de pensamientos alegres
Tu corazón de misericordia
De dulzura y de amor,
Tu boca de una sonrisa,
Y todo volverá a ir bien”.*

*FINAL DE LA MARCHA.
SILENCIO.*





Y A MODO DE EPÍLOGO

Os debo confesar cuánto me he agobiado, algunas veces, pensando cómo debía hacer este pregón. Mucho me importaba que os gustara, pero al final me di cuenta, de que lo importante, lo más importante, olvidando mi imposible poesía y mi torpe prosa, era haceros sentir orgullosos de ser cofrades, de amar la Semana Santa.

Amar, esa es la palabra mágica. Nada puede existir en el mundo si no es con amor.

Amar nuestras tradiciones, nuestra fe, nuestra hermandad... Amar...

«El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad. El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (Carta de los Corintios, 13.4-8)

Y en las cofradías, pese a quien pese, nos amamos. Conscientes de lo que somos.

Dijo el padre Hiniesta: “Gracias a las hermandades con todas sus deficiencias, Jesús se va a la calle en busca de los suyos que se le perdieron en un recodo de la vida. Sólo pretende animarles en la búsqueda del camino de vuelta”.

Y nosotros podemos hacer mucho, desde el camino de ida. Pensando en el futuro, en esos niños que hacen de nuestro trabajo un proyecto en el que sólo hay un final: Gloria a Cristo Señor, a su Padre, y a su Madre, Gloria a los hombres de buena voluntad; Gloria a la Palabra Divina...

LA BANDA MUNICIPAL INTERPRETA “CANTEMOS AL AMOR DE LOS AMORES”.





Por eso he hecho este pregón... Donde estamos todos.

Quienes bajo unas mismas creencias, sacamos a la calle advocaciones que, por una y otra razón, se han hecho un hueco en nuestros corazones. Corazones que hoy, más que nunca, debemos cultivar, no para nuestra hermandad, sino para nuestra fe: sin presiones, sin perezas, sin miedos.

Dime qué Semana Santa quieres, y te diré la que tendremos.

Tengamos seguridad de que podemos, y que la fuerza, como la luz, no puede venir sólo de los demás, debemos sacarla de nosotros mismos.

Somos mucho más de lo que creemos, podemos dar mucho más de lo que intentamos; y sabemos cómo hacerlo. Lo estamos demostrando en la Semana Santa, esta que nunca más debemos volver a comparar con alguna otra. Que ni es mejor, ni es peor, sino que es la nuestra; que no imita, sino aprende; que no envida, sino admira; que no compite, sino comparte. La que nos hace, si la aprovechamos, un poquito mejores.

La historia se repite, hermanos. De nuevo llega la Semana Santa y con ella el amor de Dios se hace aún más grande.

Debemos estar alegres. Su Hijo va a morir, pero para volver de nuevo a resucitar. Vivamos la Cuaresma con el espíritu de preparación que se requiere.

Hay tiempo para rezar, para los preparativos, para los cultos, para reír y llorar..., para todos los sentimientos que Dios nos concedió. Porque somos personas puestas en este mundo para algo; para algo que sirva, para dedicarnos a los demás...

Y si algo hay que ofrecer, yo creo que, por encima de todo, nos debemos esforzar en dar y recibir amor.

INTERVIENE EL CORO: "GLORIA A CRISTO JESÚS"





Seamos ejemplo para los niños. Ellos aprenden de nosotros y nosotros debemos aprender de ellos.

*ENTRAN LOS NIÑOS TOCANDO LAS CAMPANILLAS.
EL CORO VUELVE A CANTAR.*

Está escrito “Yo os aseguro, si no cambiáis y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos” (Mt 18.3).

En ese Cielo donde no hay más brújula que la que nos ofrece la creencia de verdad. Una verdad que hacemos palabra con la oración, ese gran regalo que Dios nos dio. Donde está la respuesta y donde, aprendemos a ser más fuertes... , hasta el final.

Y mientras llega el momento, mira a tu alrededor, a esa gente que quieres y que te quieren. Sé que lo sabes, pero te lo voy a recordar: siéntete feliz de estar cerca de tu familia y tus amigos, diles lo importante que son para ti; repítelo una vez más; porque es bueno sentirnos cerca de ellos; háblales y escúchales; coge sus manos y demuéstrales que les quieres; regálales un abrazo, sin dejarlo para mañana; mañana para ti es hoy. Pide perdón o date por perdonado. No lo demores, que es importante. No neguemos ni una palabra de cariño que es el mejor alimento del alma.

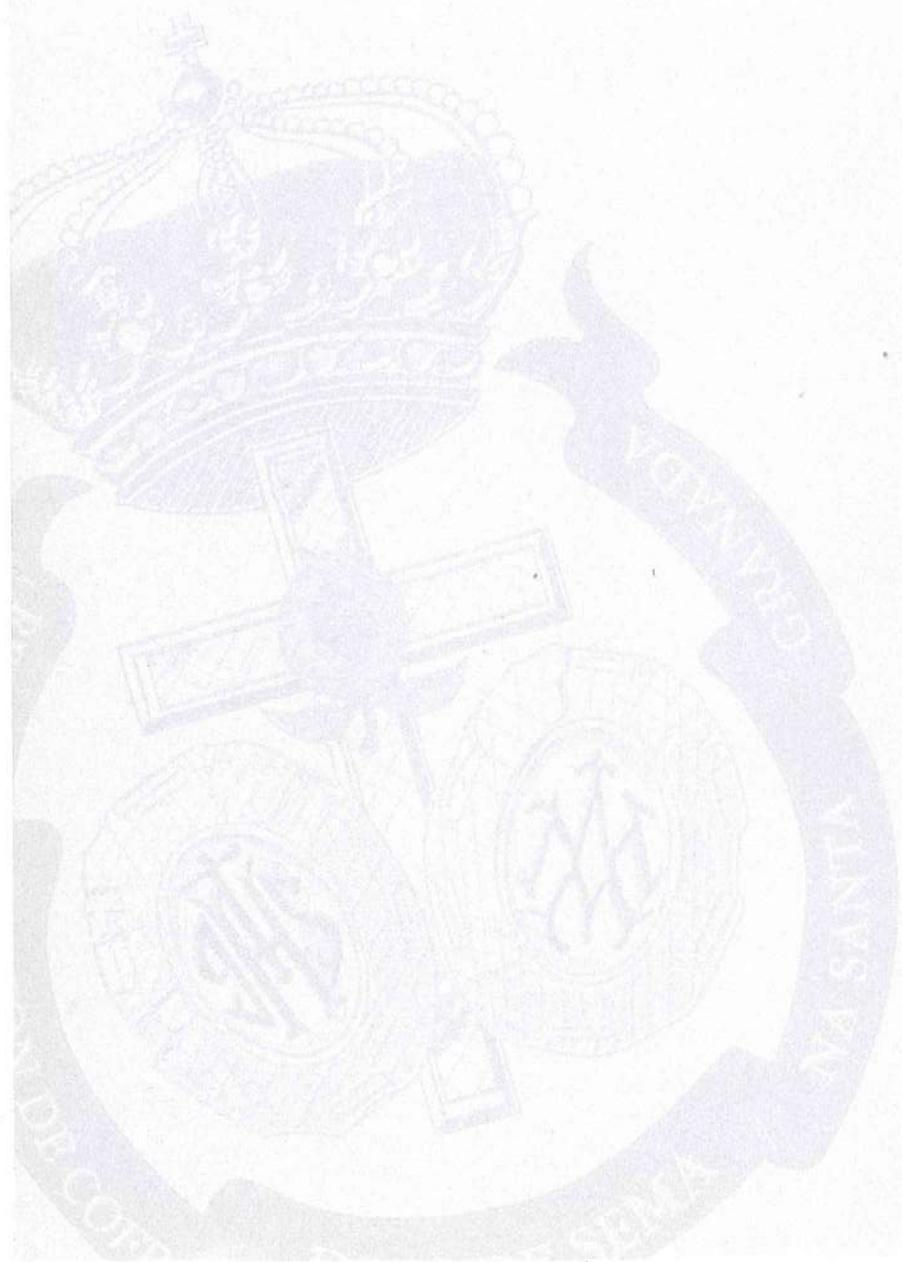
*DE NUEVO SE ESCUCHA EL “GLORIA A CRISTO JESÚS”
LOS NIÑOS SE ACERCAN AL ATRIL.*

Las campanas suenan; escuchemos la voz de Dios. Seamos verdadera familia, para que Él, con su hijo Jesús, nos guíen, y para que, junto a su Madre, la Virgen María, nos acompañen siempre.

He dicho.



Este pregón se terminó de imprimir
el día 1 de Febrero 2013
Festividad de San Cecilio
Patrón de la Ciudad de Granada



Fotografía portada:

Fernando López

Edita:



Real Federación de Hermandades
y Cofradías de Semana Santa de la
Ciudad de Granada

Plaza de los Lobos, 12 (Centro Ágora)
18002 Granada - Tlf.: 958 804 897
www.hermandadesdegranada.org

Diseño/impresión:

